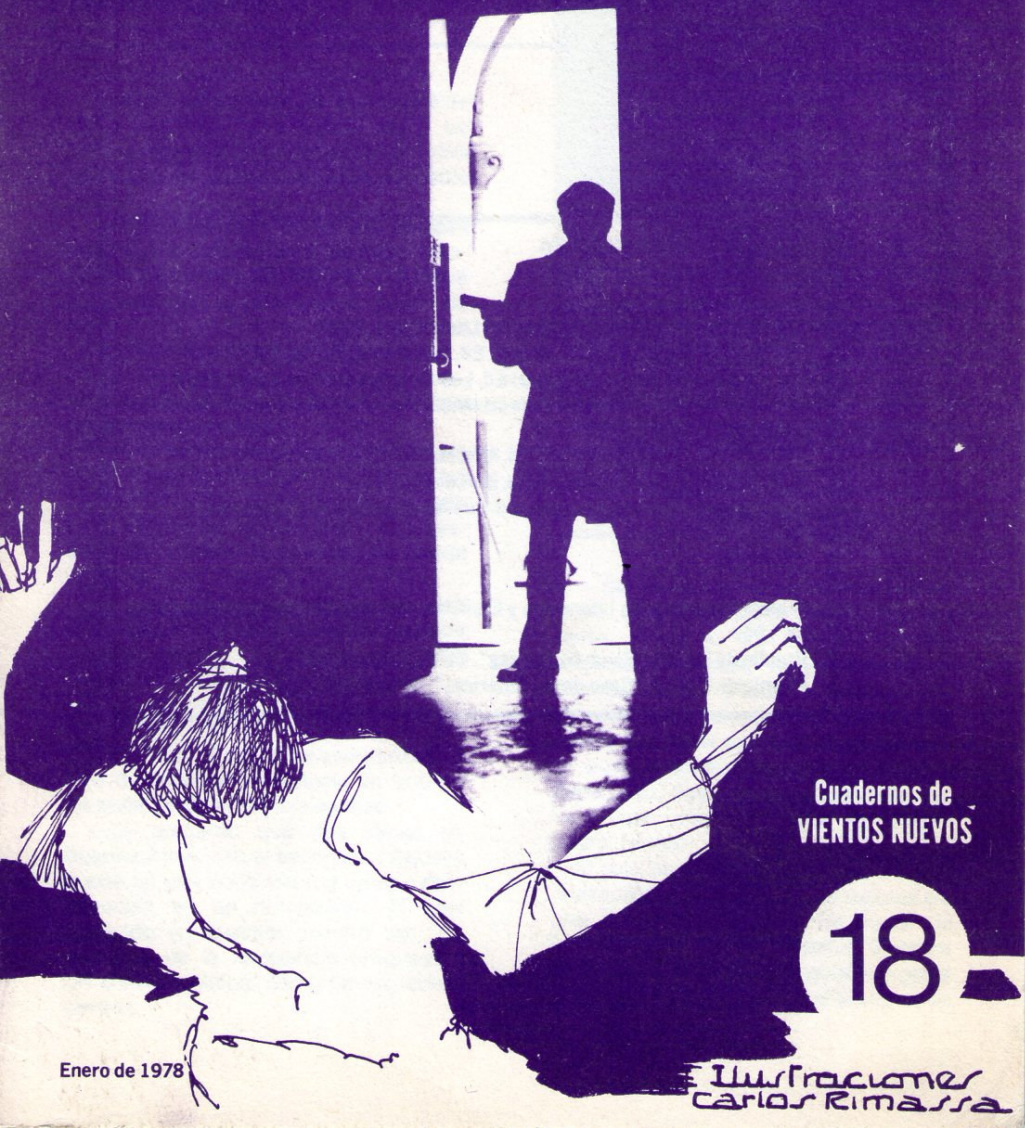


EL ENCUENTRO

RENATO PRADA OROPEZA



Cuadernos de
VIENTOS NUEVOS

18

Enero de 1978

Ilustraciones
Carlos Rimassa

Dirige: Roberto Laserna
suscripciones, semestral
(6 numeros)

Bolivia \$b. 35
Latinoamerica U\$. 2
Otros paises U\$. 3

Casilla 37 Cochabamba
Bolivia: DL: 115/76

ESTA PUBLICACION ES POSIBLE GRACIAS AL APOYO DE:

Hugo Valenzuela (ARCO)
Salvador Asbún
Eudoro Galindo
Jaime Claire Quiroga
Ricardo Salama
Humberto Mérida V.
CENTRO PORTALES
Radio CBA

Carlos Canelas
Rolando Salamanca
Werner Guttentag
Alianza Francesa
Alfonso Quiroga S.C.
Radio Nacional 1250 Kcs.
EDITORIAL UNIVERSO
H. ALCALDIA MUNICIPAL

Renato PRADA OROPEZA
Potosí, 1937. Escritor, Crítico.

Ha publicado:

Argal. (Cuentos). Ed. Los Amigos del Libro Cbba., 1967
nadie espera al hombre (Cuentos). Ed. Don Bosco, La Paz 1969
Los fundadores del alba (Novela) Ed. Los Amigos del Libro, Cbba. 1969
Con el título de "La canción de la crisálida". Ed. Casa de los Américas, Cuba
1969
Al borde del silencio (cuentos) Ed. Alfa, Montevideo, 1969
El último filo (Novela) Ed. Planeta, Barcelona, 1975
La autonomía literaria (Ensayo) Ed. Los Amigos del Libro, Cbba., 1976

PREMIOS:

Premio Municipal de Literatura y Ciencias, Género del Cuento, Cochabamba, 1967
Premio de Novela "Erich Guttentag". Cochabamba 1969
Premio de Novela "Casa de las Américas". La Habana, Cuba, 1969

Aunque no transpiraba, el hombre de terno azul volvió a secarse el rostro. Lo hizo sin mirar al hombre que se le había acercado un minuto antes y le había dicho:

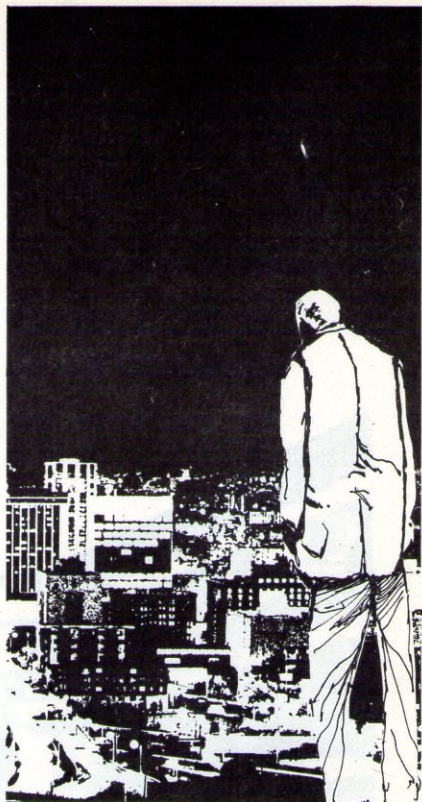
—Usted es Víctor Rodríguez, siempre que no me equivoque y no haya cambiado tanto con el tiempo... si sigue conservando su nombre a pesar de todo.

—¿Yo? -dijo el hombre de terno azul. Tenía los ojos fatigados ya sea por el excesivo resplandor solar o por las noches de insomnio pasadas.

Ambos se encontraban en medio de la Plaza Navona, al lado de la Fuente de los Cuatro Ríos. Uno de ellos había llegado a las diez de la mañana y el otro ya estaba allí como si lo esperara desde siempre.

—Y, sin embargo, todavía no hace calor -dijo el hombre de camisa floreada y gafas oscuras. Señaló con un golpe de cabeza el acto inútil del otro para enjugar la frente seca, pálida. Este advirtió la gratuidad de su acto; esbozó una sonrisa como si estuviera avergonzado e hizo desaparecer el pañuelo en uno de los bolsillos de su terno elegante.

—Le recuerdo que nos vimos en Buenos Aires... en el barrio de... Aquella noche en que acribillaron a un tipo desconocido en un hotelucho... El desconocido en cuestión resultó ser un miembro de la resistencia uruguayaya... Un crimen político, como tantos, como cientos...



—Se equivoca -cortó el hombre de terno azul y borsalino negro-. No me llamo Víctor ni mi apellido es Rodríguez... Además, nunca estuve en Buenos Aires -añadió y, dando por aclarado el equívoco, se dirigió a la iglesia que tenía enfrente, cuya fachada se puso a contemplar. Era un hombre flaco, alto, ligeramente encorvado. Estaba bien afeitado, tenía un bigote negro, retinto.

El otro no le siguió. Se limitó a hacer chasquear la lengua como si reprochara una travesura inocente. Se rascó la nunca gruesa, casi sin cabellos. Siempre removiendo la cabeza se quitó las gafas y se puso a limpiarlas con el borde de su

camisa. Cuando volvió a ponerse las gafas, el hombre de terno azul se había perdido en el interior del templo.

El hombre que se quedó en la plaza era alto, atlético, más bien rubio. Un tic nervioso le obligaba a guiñar el ojo izquierdo cada tres segundos. Su frente era amplia. No parecía sobrepasar los cuarenta años. Estuvo todavía parado removiendo la cabeza esbozando una sonrisa apenas perceptible, por un buen momento antes de rodear la fuente para observar las esculturas barrocas. Luego, como si matara el tiempo, se acercó a un pintor que exhibía sus cuadros bajo el sol brillante que empezaba a calcinar el ambiente. Eligió uno, visiblemente interesado.

—¿Cuánto? -preguntó

- Cinque milla -respondió el pintor.



—Due -regateó el hombre ayudándose con los dedos.

—Non, tre milla -dijo el pintor.

—Due cinquecento -replicó el hombre y, sin esperar la respuesta, depositó tres billetes en la mano abierta del pintor y tomó el cuadro elegido.

Se sentó en un banquillo, sin cuidarse de la luz hiriente, y se puso a contemplar el cuadro que había adquirido.

Pasó una hora.

El hombre de terno azul salió del templo. Caminó en línea recta, sin cambiar de dirección, casi hasta chocar con el banco donde se sentaba el otro. Se detuvo y dio media vuelta. Elevó la vista para mirar la fachada.

El hombre de pecho amplio, dejó el cuadro sobre el banco. Se puso de pie perezosamente, daba la impresión de



complacerse en estirar su formidable estructura muscular, como si desplegara un arma temible. Se puso al lado del hombre flaco. Levantó la mano y siguió las líneas del contorno de la fachada del templo:

—La rehizo Borromini, un arquitecto genial pero desventurado... Terminó quitándose la vida un domingo de agosto -dijo.

El otro hombre lo escuchó, interesado. Esbozó un gesto de comprensión. Continuó observando el templo hasta que el hombre de camisa floreada volvió a su antiguo puesto; entonces, tomó asiento a su vez. El cuadro separaba a ambos hombres.

—Es una fachada admirable -comentó todavía el hombre atlético-: una elucubración del espacio con la mayor economía posible... Como todo lo que hizo Borromini... Si usted tuviera tiempo o el destino...

El calor era cada vez más insinuante.

Pasaron dos turistas. Discutían en una lengua nórdica. Uno de ellos era pequeño, calvo; tenía una pipa de leño en la diestra con la cual señalaba al otro, un leñador corpulento de voz aflautada.

El hombre de terno azul se distrajo siguiendo la marcha de los turistas hasta que éstos se detuvieron en el fondo de la plaza, junto a una de las fuentes menores.

—Quizás el suicidio, en ciertos casos, sea el camino más honorable -dijo el hombre de terno azul. Elevó las manos para proteger sus ojos, permitirles descansar unos segundos.

—Si está permitido eso -replicó el otro-. Porque hay todavía algo que....

—Comprendo -interrumpió el hombre flaco-. De acuerdo: su compañero uruguayo fue muerto por una escuadra de represión fascista, una hora antes de que sus camaradas vinieran a recogerlo para hacerle huir a otro país... Se sabía que estaba condenado a muerte, no debían dejarlo solo...

—No, no se lo dejó solo... Le recuerdo que la organización apostó un camarada, un tireur d'élite, en el hotelucho del frente para que...

—El hombre ha podido tener miedo...

—...protegiere a su compañero...

—... ver la inutilidad de toda resistencia y huir para...

—No, se lo encontró muerto; alguien lo acalló para siempre, por la espalda con un puñal delgado como el que tenía nuestro jefe, Manuel Rodríguez, en su escritorio...

—Pero, ¿qué podía ganar con ello?

—Es difícil decirlo... Quizá usted pudiera ayudarnos a seguir con las conjeturas, a encontrar la verdadera respuesta.

Ambos hombres guardaron silencio por unos segundos. Sus frentes empezaron a pelarse de sudor abundante.

—Yo no soy Manuel Rodríguez....

—No, también él cayó dos días después y, con precisión matemática, cuatro compañeros más... De esa célula sólo se salvaron dos compañeros... ¿Comprende? -dijo el hombre atlético como si masticara las palabras.

El otro no pudo reprimir un movimiento de sorpresa, aunque tan débil que, al parecer, pasó desapercibido para el hombre de camisa floreada; pues, éste parecía absorbido en la contemplación de dos muchachas que pasaban frente a ellos.

—Los periódicos anunciaron que habían muerto todos -dijo el hombre del terno azul-.

—Así también lo creyó la represión fascista -afirmó el hombre de camisa coloreada, sin dejar de observar a las muchachas que se habían detenido frente al pintor que exhibía sus trabajos. Ambas muchachas vestían jeans azules, estrechos en la cadera y las piernas pero amplios en los tobillos y botapiés.

—Eso también lo creyó el hombre que

sustrajo la lista de la organización y victimó al encargado de proteger a...

—Los periódicos publicaron las fotografías de los cuerpos de los dos últimos restantes...

—Sí, completamente carbonizados, ¿no es cierto?

—¿Entonces?

—Una feliz coincidencia... Además, el hermano de Manuel, Víctor, no nos conocía personalmente. Sabía solamente que uno era sueco y el otro uruguayo... El uruguayo soy yo, ya ve...

El sol había instalado finalmente todo su poder sobre los hombros y las nuca; pero el hombre de terno azul parecía haberse olvidado de su pañuelo, de todo.

—El compañero sueco es un hombre enorme, parece salido de un relato de London, aunque tiene la voz... ¿Cómo diría?

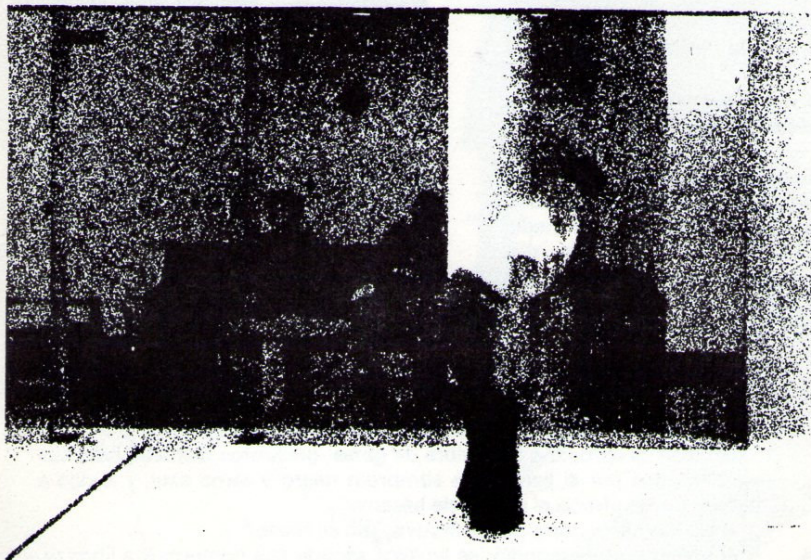
—¿Aflautada?

—Sí, es extraño: No coincide con el aspecto feroz de su cuerpo. El hombre de azul guardó silencio por un momento. Después dijo como a pesar suyo:

—La cobardía es un vicio, como una droga: pide siempre mayores excesos...

—Si, hay también un poco de eso - replicó el hombre de camisa floreada. Los dos turistas que se habían aproximado se detuvieron frente a los hombres sentados. Habían dejado de discutir y se limitaban a observarlos, en silencio; parecían esperar una orden para aproximarse más aún. El hombre alto era casi un gigante y sus ojos se crispaban dando la impresión de reprimir un sentimiento tremendo.

—Estoy cansado de huir -dijo el hombre de terno azul, casi con alivio-. Aunque hasta hoy había huido de fantasmas y remordimientos.. También de la posibilidad de una coincidencia que mi mente rechazaba como imposible.



— Usted chocó conmigo dos veces: la primera en el hotelucho donde victimó a nuestro compañero aprovechando...

— Sí, ya recuerdo -le interrumpió el otro y se revolvió para ver a las dos muchachas que se aproximaban. También el pintor se mantenía a una distancia prudente.

— La segunda vez fue en el cementerio, el día del entierro de mi hermano, ¿no es cierto?¹

— Sí, ese día se confirmó la infamia: no hay barrera intocable en la lucha pues el enemigo ha perdido la noción de todo límite... Y usted, a pesar de... -el hombre no pudo continuar; dominado por el asco escupió un cuajo espeso, redondo, al frente.

— Quizás podría alegar también el peligro en que se encontraba mi hija..., la amenaza que...

— Nada sería suficiente, ¿no cree? - Interrumpió esta vez el hombre de camisa floreada. Tomó el cuadro y lo plantó frente a la mirada enajenada del otro.

— Si no hubiera existido su hermano, uno podría pensar que éste es su retrato, de usted, y no de Manuel Rodríguez -dijo el hombre de camisa floreada y se puso en pie. El sudor le bañaba el rostro.

Se hizo un silencio extraño en medio del calor sofocante del medio día, apenas roto por el murmullo de voz que salió de la garganta del hombre sentado, que no llegó a los oídos de nadie y cuyo sentido tampoco era claro para el hombre que había pretendido articularlo.



1 (Alquien se aproximó al hombre de gafas -presuntos biombos para sus ojos irritados por el llanto-, de sombrero negro y terno azul, y le dijo a tiempo que le ofrecía el abrazo de pésame:

— No hay dolor comparable al suyo, ¿no es cierto?

El doliente no respondió; se limitó a sacudir sus hombros y a librarse, más presto de lo aconsejable por el protocolo fúnebre, de los brazos del hombre extraño.

— ¿Es decir? -interrogó, no obstante.

— Un hermano es un hermano a pesar de todo -le explicó el hombre con desenvoltura, hablándole siempre al oído).